

¿QUÉ PODEMOS ESPERAR?

(publicado en el libro AA.VV., *Doce filosofías para un nuevo mundo. ¿Hacia dónde camina el ser humano?*, Fundación Banco Santander, Madrid 2024. 63-92)

Carlos Blanco

Las ambivalencias del progreso

El progreso nunca ha estado libre de contradicciones. Cada innovación importante ha desatado una cascada de consecuencias imprevistas, muchas de ellas profundamente negativas para la humanidad. El desarrollo tecnológico no sólo ha aumentado nuestras posibilidades beneficiosas, sino que también ha revelado todo un océano de usos destructivos a nuestro alcance. ¿Qué podemos esperar, así pues, de la creatividad humana?

Estoy convencido de que en el cómputo global ha merecido la pena recorrer esta senda, iniciados en una odisea impredecible que nos ha llevado desde la precariedad y la ignorancia hasta cotas cada vez mayores de abundancia y conocimiento. Ha valido la pena ser humanos y transitar por un camino lleno de enigmas, cuyas brumas sólo se disipan paulatinamente, y no sin ingentes esfuerzos, no sin un despliegue extraordinario de energías físicas y mentales. Por muchas puertas oscuras que hayamos abierto, basta con reflexionar sobre quiénes éramos hace escasos cinco mil años para advertir lo mucho que hemos avanzado.

Hasta el final de la Edad del Hielo sólo éramos cazadores y recolectores, capaces, eso sí, de crear obras artísticas, de ornamentar las frías paredes de las cuevas con pinturas que aún hoy nos fascinan, porque manifiestan una vigorosa imaginación. Es probable que esos cazadores y recolectores también supieran edificar en piedra, y que hubieran desarrollado creencias religiosas. Las investigaciones en el yacimiento turco de Göbekli Tepe seguramente arrojen luz sobre estas cuestiones. Sin embargo, en poco diferíamos de nuestros parientes más cercanos, como los neandertales, quienes quizá, a tenor de la complejidad de su cerebro, también tuvieron conciencia de su propia existencia y también contaron con sistemas de creencias y con indicios de actividad artística y contemplativa. Aun así, ellos se extinguieron, mientras que nuestra especie ha perdurado.

Hemos salido indemnes de los muchos cambios que ha experimentado el planeta Tierra en los últimos doscientos mil años. Tan pronto como la época glacial que nos precedió fue sustituida por este período tan climáticamente favorable para nosotros bautizado como Holoceno, la humanidad prosperó, quizá más que ninguna especie antes que ella. En los últimos diez mil años hemos inventado la agricultura, hemos fundado sociedades complejas, hemos colonizado vastas regiones del mundo, hemos creado sistemas jurídicos cada vez más avanzados, hemos cultivado las matemáticas y la astronomía... Todo ello empezó con la Revolución Neolítica, cuya sombra ahora nos

parece tan distante, pero que, a escala no ya geológica, sino prehistórica, constituye una anécdota, un suspiro en la larga aventura del género *Homo*.

Ciertamente, este camino ha sido profundamente contradictorio. Ya desde que aprendimos a manejar el fuego, y con ello empezamos a adueñarnos de fuerzas ocultas para los restantes seres vivos, el potencial positivo se vio obligado a convivir con un potencial destructivo de no menor magnitud. Cada progreso ulterior en el dominio de la técnica no ha hecho sino extender esta disyuntiva, que en nuestro tiempo adopta formas colosales y aterradoras. El poder del núcleo atómico nos proporciona energía, pero también armas que ponen en peligro la civilización; las fuentes no renovables de energía han desempeñado un papel esencial en el progreso humano desde la Revolución Industrial, pero ahora amenazan la estabilidad climática de nuestro planeta y, sumadas a la contaminación y al impacto cada vez más negativo de las actividades humanas sobre los ecosistemas, están causando la destrucción de numerosas especies, lo que puede acabar con la biodiversidad, con la maravillosa riqueza de la vida en este pequeño rincón de la Vía Láctea; un conocimiento más sólido de la microbiología alienta la posibilidad de fabricar nuevas armas; un sistema económico capaz de crear riqueza como ningún otro antes es también un generador innegable de desigualdades y de tensiones sociales, cuando suponíamos que mayor prosperidad produciría automáticamente mayor bienestar en toda la población; una herramienta tan extraordinaria como la inteligencia artificial, que puede ayudarnos a resolver problemas que nos costaría grandes esfuerzos solucionar, puede representar el ocaso de la especie humana, reemplazada por máquinas más inteligentes, desprovistas de nuestros sesgos y defectos, cuyo razonamiento no se vea empañado por el magnetismo de las emociones, sino que sólo se base en la voz calmada e insobornable del análisis...

Podríamos añadir otros muchos desafíos para la humanidad. Examinados desde otra perspectiva, estos peligros pueden también considerarse oportunidades no sólo para avanzar como civilización humana, sino para emprender la necesaria reflexión sobre los fines a los que debemos orientar este conjunto excepcional de medios que nos brinda el ingenio de una mente siempre inquieta.

Sin embargo, ante tantos desafíos, ante una superposición de tantas crisis sociales, políticas, económicas y medioambientales, ante un horizonte tan lóbrego en tantas esferas de la vida humana, donde la ciencia y la técnica, dos de nuestras mayores creaciones, pueden volverse contra nosotros, una pregunta no cesa de hostigarnos: ¿es posible la esperanza, o debemos sucumbir al fatalismo? *¿Tiene salvación la humanidad?*

Desafíos y esperanzas

La fe en la adaptabilidad humana, la confianza en nuestra capacidad no sólo de resistir circunstancias adversas, sino de configurar nuevos escenarios, de desplegar el espíritu inagotable de la invención y del ingenio para superar cualquier obstáculo que se precie, no es una proclama de ingenuidad. Vista en retrospectiva, la historia de nuestra especie ha sido una senda plagada de riesgos y sufrimientos. Sin embargo, siempre hemos conseguido avanzar. Hemos conquistado nuevas cumbres intelectuales. Hemos contemplado mundos remotos. Hemos embellecido la tierra con grandes obras artísticas. Hemos mitigado el dolor y la injusticia. Todas estas conquistas enorgullecidas, todas estas victorias de la humanidad sobre una naturaleza hostil y un mundo ciego, brotan del

poder de la imaginación. *La imaginación nos ha salvado*. La imaginación nos ha hecho humanos. Es una de nuestras mayores ventajas evolutivas, pues gracias a ella nos sobreponemos a lo dado, a la facticidad del universo, y concebimos nuevas posibilidades, creando nuestro propio destino. Abrimos la existencia humana y rompemos innumerables cadenas. Nos liberamos de la tentación de pensar que las cosas sólo pueden ser de una manera, como si no existiera alternativa a lo que el mundo y la historia nos ofrecen. No faltaba razón al clásico: “*Mens agitat molem*”, “la mente mueve la materia”.

Los inicios de la civilización fueron oscuros. La humanidad no pasó de pequeños grupos a grandes y poderosos Estados mediante pactos voluntarios entre iguales, sino a través de la coacción, el engaño y la opresión de unos sobre otros. Marx tenía razón — aunque no toda— cuando dijo que la historia de la humanidad era la historia de la explotación del hombre por el hombre. Sin embargo, gracias al desarrollo de la civilización los seres humanos elevamos las ciencias y las artes a cumbres insólitas, y pusimos los cimientos del derecho, que tras un dilatado período de luchas y transformaciones conduciría al reconocimiento de la libertad de los individuos frente a poderes externos. La ciencia y la técnica nos han liberado de la ignorancia y de la indiferencia de una naturaleza ajena a nuestros intereses. No sólo eso, sino que también han expandido el radio de nuestra imaginación, han ampliado las fronteras del pensamiento y nos han revelado verdades y posibilidades con las que ni siquiera podíamos soñar. ¿Quién hubiera imaginado en tiempos antiguos todo lo que hoy sabemos sobre el universo, sobre la materia, sobre la vida, sobre la mente, sobre el propio desenvolvimiento histórico de la humanidad? Al explorar la inmensidad del universo, hemos sondeado innumerables cosas bellas y evocadoras. ¿Cómo no sentir orgullo por todos nuestros logros, que tanto han abierto los horizontes del espíritu humano?

Lo que antes era un sueño imposible es hoy una realidad vívida; lo que antes ni siquiera presagiábamos es hoy una certeza; lo que antes no podíamos comprender es hoy patrimonio del entendimiento humano. Cuánta muerte, cuánta destrucción, cuánta injusticia, cuánto esfuerzo vano, cuánto olvido, cuánta impotencia en todo este sendero, pero también cuánta grandeza, cuánta hermosura, cuánto ingenio, cuánto heroísmo...

La naturaleza humana no cambia, o sólo lo hace con suma lentitud. Los genes y el ambiente son la causa de que unos individuos desarrollen una mayor predisposición a los comportamientos altruistas y cooperativos (que, en términos clásicos, podríamos identificar con “la buena voluntad”), frente a quienes exhiben conductas más egoístas y competitivas, caracterizadas por el predominio de la deshonestidad y del individualismo más aciago. Sólo una transformación profunda de nuestra naturaleza podría convertirnos a todos en ángeles. Dudo no ya que sea posible, sino incluso deseable, porque las consecuencias de una manipulación a esa escala (no a pequeña escala, que nos ayude, por ejemplo, a erradicar enfermedades hereditarias), de una enmienda tan categórica a los designios de la evolución biológica, pueden entrañar más riesgos que beneficios. Las promesas del *transhumanismo* (movimiento filosófico que defiende la superación de la naturaleza humana mediante la tecnología) son nobles e inspiradores, entre otras cosas porque no creo que la humanidad sea el destino de la historia de la vida, su estación final, ni que el estado actual de *Homo sapiens* sea intrínsecamente inmodificable. Por tanto, si los beneficios derivados de mejorar ciertas deficiencias de nuestra condición biológica son claramente mayores que los riesgos —y esto es sumamente difícil de evaluar—, no parece razonable oponerse a la tesis transhumanista. Además, estoy convencido de que la evolución aún no ha encontrado soluciones satisfactorias a muchos problemas que los seres humanos hemos tenido que aprender a resolver por nosotros mismos, mediante la inteligencia y la empatía. Sin embargo, todavía no estamos preparados ni tecnológicamente ni

éticamente para experimentar una alteración tan radical de lo que somos, de nuestra naturaleza.

Ciertamente, el progreso de las sociedades desarrolladas ha propiciado la configuración de ambientes más pacíficos. La cultura y la educación han contribuido decisivamente a ello, junto con el fortalecimiento de los Estados, que monopolizan los medios legítimos de coacción. Pero la predisposición a la violencia subsiste, y aflora cuando menos lo esperamos. La violencia no es sólo física. Ahora se concentra en el mundo virtual, y adquiere la forma de violencia verbal, de odio, de sectarismo y fanatismo. El espíritu de la civilización triunfa en múltiples esferas, pero en lo profundo late también su némesis, que hunde sus raíces en una agresividad descontrolada. El miedo a lo diferente y la sed de autoafirmación suscitan comportamientos agresivos. Con estas conductas creemos protegernos, pues funcionan como una especie de sistema de alerta ante peligros, reales o imaginarios. Creemos garantizar nuestra supervivencia y la de nuestro grupo. Aun así, lo que en realidad hacemos es destruirnos a nosotros mismos y dañar irreversiblemente los lazos sociales.

La proximidad de las pulsiones destructivas no puede subestimarse de ningún modo. Todos los esfuerzos encaminados a fomentar la cooperación entre individuos y sociedades son insuficientes, porque persiste una tendencia inextirpable a lo destructivo, como contrapeso a otra, sin duda más pujante y bella, que nos inclina a mejorar, a avanzar, a construir, a crear. Mientras perdure esta naturaleza humana, seguiremos acechados por las sombras del mal, del egoísmo, de la destrucción, de la deshonestidad, del deseo de poder... No podemos eliminar las pasiones negativas, sino domesticarlas (o, por parafrasear a Aristóteles, podemos ejercer sobre ellas un dominio político, mas no despótico).

La educación no es suficiente. Por muchas voces que se hayan alzado contra él, por muchas denuncias filosóficas en torno a los males que conlleva, la existencia humana continúa presa del egoísmo. Pero podemos atenuarlo, podemos dominarlo, podemos encauzar ese anhelo de poder, reconocimiento y riqueza, esa ansia de autoafirmación, para que redunde en el bien de la humanidad. En un mundo más perfecto, donde los seres humanos nos esforzáramos incondicionalmente por construir el ideal, no necesitaríamos el egoísmo como fuerza impulsora. Bastaría con la cooperación, el altruismo y el amor puro a los fines en sí mismos para estimular nuestro ímpetu creativo. No vivimos en ese mundo. Podemos plantar su semilla, pero todavía no ha llegado ese reino universal de los fines con el que soñaba Kant. La conciencia humana no ha coronado esa cima de desarrollo intelectual y ético. Estamos aún en tinieblas; hemos captado destellos de la luz, pero todavía no hemos rasgado por completo el denso velo de la ignorancia y de la insolidaridad. La paradoja de la historia consiste precisamente en esta necesidad de las fuerzas negativas como motores de nuestra búsqueda y de nuestro desarrollo histórico. ¿Cuándo llegaremos a ser libres de semejante tensión dialéctica, de esta presencia de lo empequeñecedor y destructivo como estímulo inevitable para progresar y elevarnos sobre lo dado? ¿Cuándo la oscuridad del egoísmo dejará de ser necesaria para estimular el deseo humano de mejora, tal que el progreso no sea ya dialéctico, sino armónico, puro, sereno y perfecto?

Desde tiempos inmemoriales, los ideales de las grandes religiones han nutrido las esperanzas de incontables seres humanos. Lo que en su momento se atribuyó a fuerzas sobrenaturales puede y debe resignificarse, puede y debe convertirse en un horizonte de posibilidades para la humanidad, pero dentro de la naturaleza y de la historia, dentro de un mundo que aún no ha mostrado todo lo que es susceptible de ofrecernos, y dentro de

una mente que aún no ha agotado las fuentes potencialmente infinitas de lo imaginable. Lo que las religiones predicán de Dios (la suma bondad, la suprema sabiduría...) es el horizonte al que podemos y debemos aspirar los seres humanos, en busca de la mejora constante, para crear un mundo digno de nuestros ideales; un mundo donde la perfección divina no permanezca relegada al dominio de lo ideal, sino que cobre vida, encarnada en este mundo como horizonte utópico, como pulsión creadora, como ampliación de lo que ahora existe: como *límite asintótico*, esto es, como posibilidad perenne de ampliación, de superación, de trascendencia sobre lo dado, gracias al desarrollo del pensamiento. El límite asintótico nunca se alcanza. Aun así, subsiste como posibilidad, como resto siempre pendiente (es decir, como *ulterioridad*, como capacidad de añadir nuevos elementos de inteligibilidad, mediante la razón y la imaginación), como *horizonte*.

Somos rehenes de lo que nuestra mente puede concebir. Una mente superior a la nuestra alumbraría nociones que nosotros ni siquiera intuimos (¿y si esa mente fuera una inteligencia artificial consciente de sí misma; una inteligencia artificial en sentido fuerte?), y una mente aún más evolucionada franquearía los límites de sus predecesoras. En esta cadena hacia lo indefinido, en esta proyección infinita, el límite es precisamente la capacidad de comprenderlo todo de manera plena, esto es, sin contradicción entre la consistencia de nuestro sistema intelectual y su completitud, o posibilidad de abarcar todos los objetos del universo y del pensamiento.

Idealismo, tecnología y libertad

Todo lo anterior resultará ingenuo e idealista a la luz de la historia. De nuevo, parece que los seres humanos no cambian, y la tierra sigue a merced de fuerzas demasiado poderosas, de leyes naturales que, si bien han propiciado el surgimiento de la vida, pueden también provocar su aniquilación. La naturaleza no se apiadó de multitud de especies que nos precedieron, y tampoco muestra signos de conmiseración hacia la humanidad y sus afanes. Es probable que durante el Pleistoceno hayamos estado varias veces al borde de la desaparición. El enfriamiento radical del planeta seguramente generó un riguroso cuello de botella, tan drástico que estuvo a punto de acabar con todos los miembros de nuestro linaje. Sólo unos pocos ancestros sobrevivieron; sólo unos cuantos antepasados de nuestra especie lograron surcar ese estrecho desfiladero evolutivo, flanqueados por la Escila y la Caribdis de la extinción. Tal es la incertidumbre, tal es la fragilidad que afecta a lo humano.

Es la necesidad, lo establecido por las leyes de la física, lo que en último término gobierna todo cuanto acontece en el universo; también la evolución de las formas biológicas. Pero podemos contemplar nuestros éxitos. Podemos regocijarnos en lo que hemos conseguido. Podemos admirar nuestras hazañas, como el escalador que, tras un ascenso fatigoso, otea la belleza del mundo desde la cima conquistada, y queda extasiado ante tantas cosas hermosas e inspiradoras que se le presentan.

Hemos ganado espacios de libertad inconcebibles hace pocas generaciones. La igualdad de género ya no es sólo una utopía, sino una realidad. Condenadas durante milenios a ocupar un rol secundario en la historia, las mujeres son hoy protagonistas de lo que les corresponde, y son artífices de una de las revoluciones más trascendentales de la humanidad, llevada a cabo sin violencia. Hemos aprendido a reconocer la grandeza de la diversidad sexual, que es consecuencia necesaria del respeto a los derechos humanos.

Quienes antes vivían en las sombras, escondiendo su amor por miedo, pueden hoy manifestarlo y vivirlo con absoluta libertad en numerosos países (el matrimonio igualitario es, de hecho, una de las mayores conquistas sociales de nuestro tiempo). Hemos luchado por los derechos de las mujeres, de las personas que aman de manera diferente y que no obedecen a los cánones cis y heteronormativos, de los migrantes, de los trabajadores, de las minorías religiosas...

Estas contiendas han conducido a nuevas victorias en el reino de la libertad, insuficientes pero valiosas. Queda mucho para extender estos triunfos a tantas partes del mundo que aún viven en la ignorancia y en la esclavitud, y donde los derechos humanos son una utopía remota. Incluso dentro de nuestras sociedades occidentales persisten injusticias clamorosas, y esos mismos derechos no pueden ejercerse: existen formalmente, pero no se realizan materialmente. Aún falta mucho para que nuestra conciencia ética, de respeto al ser humano y a la naturaleza en su diversidad, se despliegue plenamente, y avance hacia mejoras sustanciales. Mientras haya alguien que viva con miedo, subyugado, oprimido, atemorizado por ser quien es, la sociedad no podrá sentirse satisfecha con lo que ha logrado.

No es utópico soñar con un mundo cada vez más libre, más tolerante, más consciente de lo que somos y de lo que podemos ser. Un mundo donde el arte y la ciencia no sean monopolio de unos pocos, sino patrimonio de todos y lenguaje de nuestras inquietudes y de nuestros deseos. Un mundo donde el acceso al conocimiento nos eleve, y al propiciar la participación de más individuos lleve el espíritu humano a un horizonte de esplendor y grandeza, a un verdadero renacimiento de la mente, donde lo que era privilegio de unos se convierta en el hogar de todos. Gracias a un conocimiento cada vez más extenso y profundo del mundo y de la historia podremos apreciar también la diversidad de perspectivas, la pluralidad de lo humano, la riqueza de nuestra creatividad, que brota de la exuberancia de nuestra mente, y de una naturaleza que ha sido capaz de tejer, con los hilos de la evolución, algo tan asombroso y desconcertante como el cerebro humano. En esta senda seguramente acariciemos ese fin tan esquivo e incategorizable llamado felicidad. El conocimiento, el arte, la naturaleza y las relaciones humanas se revelan como fuentes de energía, sentido y entusiasmo. Es la felicidad incomparable que despunta cuando comprendemos que la vida no consiste sólo en producir, sino también en disfrutar y en contemplar lo que nos rodea.

Precisamente por ello, urge una toma de conciencia ante los peligros que la tecnología entraña para el individuo y para la sociedad. En muchos casos, el medio se ha transformado en fin, y lo que prometía aumentar nuestra libertad no ha hecho sino esclavizarnos. Como tantos han señalado, la creciente adicción a las nuevas tecnologías, especialmente a las redes sociales, que causan estragos psicológicos entre los más jóvenes (condicionados sutilmente a prestar atención desmedida a las opiniones ajenas), obliga a lanzar una crítica valiente al dominio que han adquirido sobre el ser humano, así como al papel que juegan las grandes corporaciones tecnológicas, interesadas en promover un consumismo desaforado de sus productos, sin importarles su efecto en el bienestar de las personas. Más aún, insta a rebelarnos contra la tiranía tecnológica, a buscar liberarnos de ese yugo, a usar las redes sociales sólo en su justa medida, con el fin de alcanzar un equilibrio entre la existencia real y la virtual que hoy se ha roto. Para ser libres, necesitamos un distanciamiento de la tecnología, una corrección de su abuso, una verdadera liberación de las presiones por vivir de cara a los demás y por crear imágenes falsas de lo que somos. Necesitamos, en suma, repensar el modo en que nos relacionamos con las plataformas digitales y en que muchas de éstas colonizan nuestro cerebro. Hace falta un auténtico proceso de desintoxicación frente a un mundo, el tecnológico, que en

muchos aspectos se ha convertido en herramienta deshumanizadora. No podemos permitir que la tecnología se emplee como medio para huir de la vida real; su fin ha de ser la libertad humana, el incremento de nuestras posibilidades, no la anulación de nuestro ser individual, secuestrado por pantallas y aplicaciones.

El papel de los intelectuales

La reflexión sobre el futuro, sobre los riesgos y las posibilidades que se abren ante nosotros, permanecería esencialmente incompleta si no abordáramos también la figura de los intelectuales, de aquellas personas que con sus ideas han influido decisivamente en la marcha de la humanidad. ¿Cuál será su papel? ¿Qué podemos esperar de los intelectuales venideros?

Muchos intelectuales contemporáneos parecen haber interiorizado una profunda resignación. Los filósofos, en particular, se han acostumbrado a que sus textos y sus declaraciones no tengan el impacto de tiempos pasados. Han perdido el monopolio de la generación de ideas. Hace escasas décadas, filósofos y escritores aleccionaban desde las tribunas de los periódicos sobre lo humano y lo divino. Daban la impresión de dominar incontables temas y de poseer la clave vedada de una sabiduría universal, que en nombre de algo tan abstracto como la “filosofía” (discurso que carece de contenido unánimemente aceptado, y que por tanto no puede considerarse un verdadero *corpus* de conocimiento) se creía capacitada para ofrecer directrices morales a la sociedad.

Semejante prerrogativa se ha evaporado. Son hoy pocos los que tienen fe en los intelectuales. En estos días, ningún filósofo se atrevería pensar que, sin haber estudiado con rigor y profundidad un tema para el que se necesitan conocimientos especializados, puede pontificar impunemente. Por ello, muchos se han retirado a los cuarteles de invierno y se han refugiado en la mera erudición doxográfica. Analizar opiniones ajenas es más cómodo y menos peligroso que lanzarse a innovar en el plano de los conceptos, tan etéreo, tan discutible, tan incierto y desagradecido. También los literatos, y en general los artistas, han perdido esa especie de halo sagrado que los habría ungido con el supuesto óleo de la clarividencia en el examen de cuestiones que a todos nos atañen.

Cabría pensar, sin embargo, que este creciente escepticismo ante el poder de la filosofía y del arte para iluminar nuestras vidas viene compensado por una mayor fe en la ciencia y en el valor de los expertos. Nada más lejos de la realidad. Si pocos creen ya en la particular sabiduría de los filósofos, si sus juicios son atacados sin piedad y situados al mismo nivel que cualquier otra opinión, si los intentos de construir vastos sistemas metafísicos parecen hoy anacrónicos y pretenciosos, no es porque el sentir de la sociedad se incline ahora hacia los científicos y los técnicos. Los errores cometidos por unos y otros, los fallos flagrantes de poder predictivo (sobre todo en las ciencias más blandas y menos susceptibles de matematización), los sesgos y las parcialidades, los anhelos no velados de instruir moralmente que también proceden de quienes se arrogan hablar en nombre de la ciencia, han causado una crisis de credibilidad de la que no será fácil recuperarse.

Aun así, resulta innegable que el ciudadano medio se fía más de la ciencia y de la técnica que de la filosofía; si en ocasiones relativiza los juicios de la ciencia, en el caso

de la filosofía prácticamente los relativiza en todo momento. El propio desarrollo del pensamiento filosófico ha contribuido a ello. Múltiples corrientes se han esmerado en mostrar cómo los grandes sistemas filosóficos no pueden considerarse tentativas neutras de examinar objetivamente la realidad, sino que parten de supuestos que no son, precisamente, inocentes, y con frecuencia esconden una sutil voluntad de dominio que sólo puede calificarse de ideológica. Estas tendencias críticas y deconstructivistas han puesto en entredicho el valor de la filosofía como herramienta transparente para examinar sin prejuicios, *sine ira et studio*, la complejidad del mundo en que vivimos.

Hoy pocos hacen caso a los intelectuales porque los referentes se han dispersado. La escucha incondicional y el deslumbramiento han desaparecido, para dejar paso a una actitud de reminiscencias estoicas, que recuerda al “no admires nada” de las antiguas escuelas. Ya no existe una única referencia filosófica, literaria o artística en la acepción más laxa del término. Nunca la ha habido, pero tradicionalmente existía un grupo reducido de voces que acaparaban la producción y difusión de opiniones sobre el curso de la sociedad. Los filósofos describían y prescribían. Hoy, los técnicos, por lo general, se limitan a describir, y pocos se aventuran a prescribir sin arriesgarse a incurrir en acusaciones de parcialidad y de interés. Los pocos filósofos auténticos —es decir, profundos y creadores— que quedan ya no disfrutan de la proyección y de la simpatía de antaño, entre otras razones porque deben competir con más candidatos para asegurar su influencia entre el gran público. En ocasiones, este exceso de oferta filosófica, sumado a una escasez de demanda, incrementa su narcisismo y los lleva a emitir afirmaciones rimbombantes, que suelen evidenciar desconocimiento de los temas abordados e ingenuidad analítica ante la evolución de las sociedades.

A diferencia de lo que ocurría antes, presenciamos no el reemplazo, no la jubilación de los grandes maestros morales, sino la extinción irreversible de su figura. Los nuevos maestros son inexorablemente efímeros. Su magisterio no deja huella. Es el individuo el que ahora se erige en verdadero maestro de su conciencia y de sus aspiraciones. La aureola de los antiguos maestros de la humanidad se ha desdibujado porque el individuo parece haber perdido el miedo a pensar, a equivocarse y a acertar por sí mismo.

La clave de bóveda para entender este fenómeno de pérdida de autoridad intelectual y de profusión de voces no armonizables radica en la descentralización propiciada por las nuevas tecnologías. El derrumbamiento de las estructuras tradicionales de acceso a la producción y difusión de ideas es patente. Con el surgimiento de las redes sociales, cualquier viso de autoridad ha de someterse a un tenaz escrutinio público, que conlleva premios y castigos constantes. Algunas voces más prestigiosas pueden gozar de mayor crédito, por el capital acumulado en forma de juicios certeros y lúcidos. Aun así, no están a salvo de ser condenadas por la fragilidad y falta de perspicacia de sus nuevos juicios, o, sencillamente, por no amoldarse a las opiniones dominantes, por no satisfacer los criterios de lo socialmente aceptado y por no ser complacientes con lo políticamente correcto. La población ha adquirido mayor conciencia de los sesgos que también presentan los tradicionales referentes filosóficos y artísticos, y que se traducen en parcialidad, en anhelos narcisistas de captar la atención a toda costa y de ser leídos aunque estén equivocados, en selección deliberada de fuentes y temas, en fabricación de hombres de paja a la hora de examinar los argumentos del contrario, en énfasis unilateral en obras y cuestiones que responden a sus preferencias subjetivas y no a un hipotético valor objetivo, etc. Todo ello contribuye a erosionar la autoridad de determinadas figuras que

habían ostentado prestigio y predicamento, y otorga un papel creciente a la subjetividad como origen último de nuestros juicios valorativos.

Ante semejante oferta de voces que se creen legitimadas para analizar la realidad, crece la convicción de que la subjetividad es el único y verdadero refugio, la luz insustituible para comprender lo que nos rodea; una subjetividad formada, claro está, pero no por ello sometida a criterios ajenos. El individuo puede sentirse más libre y evaluar por sí mismo las obras y los argumentos, aunque sus opiniones contradigan las afirmaciones de los referentes que dominan y definen el discurso en los medios de comunicación. La autoridad ha sido socavada, entre otras razones porque ha tenido lugar un proceso de desintermediación en el acceso a la información, a sus fuentes y a la creación de narrativas para interpretar esos datos, que ya no pasa necesariamente por los referentes tradicionales. Al igual que con la Reforma protestante (incluso con el origen mismo de la filosofía moderna), las mediaciones parecen haber sido cortadas por un sucedáneo de la navaja de Ockham, implacable a la hora de destruir lo superfluo. Si Lutero rompió con sacramentos, milagros, concilios, instituciones, jerarquías..., para quedarse sólo con el mensaje de Jesús, puro y desnudo, y regresar a la fe en el Evangelio, radical y liberadora (planteamiento que la teología protestante contemporánea sintetiza en los célebres *sola Scriptura, sola fide, sola gratia, solus Christus, soli Deo gloria*), pues era lo único que bastaba para justificar al hombre ante Dios, en la actualidad presenciamos un fenómeno análogo de escepticismo frente a las mediaciones externas a la reflexión subjetiva, dado que comprometen nuestra libertad y no están exentas de sesgos e intereses. Entre el objeto y el sujeto cada vez existen menos instancias, hasta prácticamente evaporarse cualquier viso de mediación en el proceso comunicativo y en las estrategias de análisis.

Entramos en la *era de la responsabilidad*, porque si las autoridades que antes decidían por nosotros ya no pueden reemplazarnos, si la autonomía se eleva a verdadero principio rector de la vida de la mente, si hemos madurado tanto como para emanciparnos finalmente de la tutela de autoridades intelectuales y morales, tal que nadie debe ya temer la fuerza creadora de la subjetividad, sólo una conciencia más profunda de lo que nos jugamos como individuos y como sociedades puede ayudarnos a navegar por un mar tan incierto, pero a la vez tan necesario: el de la libertad. Sólo, en suma, un pensamiento crítico, guiado por la lógica y el análisis, puede rescatarnos de sesgos, falsedades y juicios precipitados. Pues, ciertamente, muchos de los que creen haberse emancipado de intermediaciones claudican inconscientemente ante nuevas instancias, y muchos de los que creen informarse autónomamente en realidad no hacen sino sucumbir a toda clase de desinformación, que reproducen de manera acrítica (por ello, más importante que hablar del pensamiento crítico es atreverse a ejercerlo). Sin embargo, el proceso general de atribución de mayor responsabilidad al individuo sólo puede contemplarse como una victoria de la libertad.

Se ha producido, en definitiva, un desplazamiento de la hegemonía cultural, antes concentrada en círculos estrechos y ahora ensanchada sin límites precisos. Asistimos a un proceso de radical *democratización* en todas las esferas sociales, lo que incumbe especialmente a la creación de ideas. Como tantos otros fenómenos humanos, la democracia puede examinarse desde dos grandes perspectivas: la de los medios y la de los fines. En cuanto a los medios, la democracia es un método de toma de decisiones colectivas, es decir, que pueden afectar al conjunto de la ciudadanía (o al menos a grupos significativos). En cuanto a los fines, no es sólo un modo justo y eficiente de organizar la

toma de decisiones con arreglo al principio de la mayoría, sino una meta que consiste en alcanzar mayores niveles de participación de *todos* los ciudadanos en *todas* las dimensiones de la vida social: poder político, económico, creación cultural, generación e intercambio de conocimiento... La tecnología favorece la búsqueda de crecientes cotas de participación también en el ámbito intelectual, aunque, inevitablemente, estos desarrollos comporten riesgos y responsabilidades de nueva naturaleza.

En el mundo actual, dominado por la rapidez y la facilidad en los intercambios de ideas, la reverencia hacia voces consagradas se desvanece, se difumina, se diluye en un magma de incontables opiniones de las que, esporádicamente, algunas sobresalen y son seleccionadas por el cuerpo social. Pero todo triunfo es fugaz. Esas mismas voces pueden ser olvidadas o, peor aún, silenciadas, si ese mismo cuerpo social decide que sus opiniones son triviales o inaceptables, y que por tanto deben ser condenadas al ostracismo. Nadie tiene garantizada la autoridad. Es el caos y no el orden lo que ahora impera, porque los principios unificadores, en forma de voces investidas de una autoridad indisputable o de instituciones erigidas en defensoras de ciertos valores sociales y culturales, han sido atacados en sus cimientos, y es altamente improbable que puedan recobrar la fuerza perdida. Del caos puede nacer un caos aún mayor o una creatividad desbordante, que anticipe un orden más perfecto, capaz de incluir lo que antes estaba excluido y de dibujar un círculo mucho más amplio e integrador.

Quien cree en la democracia no debe temer esta emergencia de voces nuevas y esta dispersión de las antiguas. Que lo ausente se haga presente y lo presente se vuelva ausente no es una tragedia, sino una necesidad para renovarse y crecer. Profundizar en la cultura de la participación y de la transparencia exige que el pueblo, y por tanto el mayor número posible de individuos, tome las riendas de su destino en todas las dimensiones, también en lo que concierne al pensamiento, a los valores, al arte y a la concepción del mundo. Nadie tiene el monopolio de la verdad y de la recta opinión. La vida es un aprendizaje colectivo. Todos pueden aportar algo, en mayor o menor medida. Los cánones, las figuras institucionales, los maestros consagrados...: nadie es infalible ni absolutamente clarividente; nadie es inmune a la crítica. El respeto moral ha de ganarlo con cada juicio que emita y con cada obra que realice, pues su importancia se basa, después de todo, en el servicio que preste a la humanidad.

Ser libre implica también emanciparse de tutelas morales e intelectuales, para aprender a juzgar las cosas por uno mismo. Al igual que una teoría científica, por sólida y reputada que se nos antoje, no deja nunca de someterse al escrutinio de las observaciones y de los experimentos, no hay reposo para la autoridad intelectual. El capital acumulado se pierde fácilmente, sobre todo en un mundo tan complejo como el actual, donde las opiniones se vuelven pronto obsoletas. La información ya no es patrimonio de unos pocos; tampoco la creación de valores y la adquisición de saber. Los elementos de juicio están a disposición de muchos; ¿por qué debería considerarse entonces que unas opiniones están por encima de otras, como si quien las profiere gozase de una gracia sacramental, que le imprimiría carácter indeleble?

A la luz de este fenómeno, ¿qué podemos decir sobre el futuro de la filosofía? ¿Tiene salvación, o está condenada a desaparecer, absorbida y superada por las ciencias particulares? Sin embargo, ¿por qué habría de tenerla? ¿Tan grave sería su extinción?

En cualquier caso, no creo necesario contemplar una hipótesis tan extrema. La filosofía persistirá, porque las preguntas que plantea son consustanciales al deseo humano de saber. Aun así, su desaparición no sería una tragedia. Los interrogantes que aborda adoptarían nuevas expresiones y serían examinados por otras disciplinas. Lo que parece innegable es que la filosofía no volverá a ocupar el lugar privilegiado que hasta ahora ostentaba en el universo del saber. Difícilmente recuperará su centralidad epistemológica. Cada vez se verá más cuestionada, acosada por las ciencias y por la sociedad, que ya no se conforma con afirmaciones tan grandilocuentes como incontrastables y con veleidades moralizantes que sólo esconden intereses y preferencias.

No obstante, y dado que la reflexión sobre lo humano, sobre el sentido y sobre la relación entre ciencias, artes y sociedades, sigue siendo ineludible, podemos vislumbrar un horizonte siempre legítimo para la filosofía: el de pensar, integrar y preguntar. Es aquí donde resplandece la utilidad de la filosofía y su importancia para la elaboración de visiones grandes y ambiciosas, comprometidas con el espíritu humanista. Aunque el pensamiento es un fin en sí mismo, porque filosofar se justifica como búsqueda libre de la mente y de su desarrollo intelectual, también es sumamente práctico. Frente a la tendencia imparable hacia la especialización, *preguntarse por el todo y por los fundamentos* de las cosas compensa la inclinación a centrarse exclusivamente en las partes. Este proceso, este ímpetu volcado a relacionar y a encontrar lo unitario más allá de lo diferente, es siempre provechoso para la mente humana. Otorga una panorámica incomparable del saber y de la existencia, del alcance y de los límites de lo que conocemos y de lo que experimentamos. El espíritu interdisciplinar, dedicado a levantar puentes entre ramas del saber, y el impulso transdisciplinar, que se esfuerza en pensar más allá de las fronteras entre disciplinas académicas para configurar un enfoque más amplio, pueden beneficiarse notablemente de la filosofía, de sus interrogantes, conceptualizaciones y afanes sistemáticos.

Filosofar es generalizar, es intentar ofrecer un esquema sobre el mundo, la vida y la historia; es elevarse al ámbito de los conceptos y trabajar con universalidades y abstracciones. Aunque toda filosofía puede también brindar orientaciones concretas, no sería filosofía si no mantuviese una posición fundamental en el plano generalista, allí donde nos acercamos al examen del todo y no sólo de las partes. Así pues, la filosofía puede procurar un valioso contrapeso a la especialización. Demasiada especialización nos impide adaptarnos a lo nuevo. Su exceso nubla la imaginación y dificulta los avances. El reto de nuestro tiempo reside en combinar sabiamente especialización y generalización, el conocimiento detallado con el pensamiento ambicioso. Especialidad y generalidad se complementan, no se oponen. El especialista y el generalista son igualmente necesarios para el progreso del pensamiento. Las mentes especializadas dividen, analizan, excavan en las profundidades de la realidad y añaden resultados concretos; las mentes generalistas proporcionan una perspectiva sintetizadora, susceptible de integrar lo diverso y de conectar las distintas áreas del saber humano.

Uno de los grandes problemas de nuestro mundo consiste en creer que el progreso exige irremediabilmente fragmentar, fieles al “*Divide et impera*” aplicado a los dominios del conocimiento. Con frecuencia olvidamos que, como complemento indispensable a la

división y al análisis, también requiere unir, integrar, insertar en un marco común y trascender las fronteras entre disciplinas, culturas y cosmovisiones, para que brille el pensamiento y se abra la mente a nuevas posibilidades.

Necesitamos expertos y eruditos, investigadores hondos y rigurosos, y también necesitamos mentes audaces, sintéticas, próximas al genuino espíritu de la filosofía. Junto con especialistas en la zoología de Aristóteles o en la masa del neutrino necesitamos mentes dispuestas a la síntesis, a construir puentes entre disciplinas y entre campos dentro de esas mismas disciplinas, para pensar más allá de sus mismos límites. Necesitamos ver en detalle y en amplitud; analizar y sintetizar; separar y reunir; diseccionar y contemplar. En un tiempo de especialización, hacen falta mentes abiertas a la totalidad.

Saber y creación

Sólo lo demostrado puede imperar; sólo lo validado, sólo lo que resiste el juicio de las evidencias, puede alzarse con el trofeo del respeto social y acercarse a algo así como la *verdad*, como la *objetividad*, como la *razón*, incompleta pero consistente.

Más allá del ruido ensordecedor y de la miríada de opiniones discordantes que se emiten a diario, lo que queda es lo probado, lo que resiste el examen de la realidad y, más aún, del tiempo, juez supremo de la humanidad y de la naturaleza. Lo que trasciende es lo que brilla por su originalidad y validez, y como tal es seleccionado a lo largo de la historia por atesorar un valor de resonancias perennes. En esta rapsodia de posibilidades continuas, de opiniones infinitas, de pareceres inconmensurables, lo que permanece es lo que posee un valor intelectual o social indiscutible, es decir, reiteradamente validado, reproducido, criticado, y que, pese a todo, ha salido indemne del proceso. Sin embargo, sería iluso creer que incluso esos juicios consagrados por el tiempo poseen inmutabilidad. Ninguna idea es inmune al paso del tiempo. Sólo en el reino del pensamiento puro, en el espacio inabarcable de las matemáticas, podemos conquistar algo que se aproxime a una verdad permanente: una esencia inalterable que refleje valores imperecederos para el conocimiento humano. El resto pende siempre de un hilo finísimo: el hilo del tiempo, que crea o destruye sin piedad, que relativiza y niega sin misericordia. Lo que ahora es una moda mañana puede ser devorado por otra moda, hasta sucumbir al olvido más flagrante, al abismo de la indiferencia.

Pocas son las ideas que resisten el flujo del tiempo. Es razonable suponer que en ellas subsiste un valor profundo, pero ni siquiera en estos casos podemos asegurar, con certeza absoluta, que constituyan adquisiciones firmes para el entendimiento humano. El anhelo kantiano de identificar verdades universales y necesarias escapa al poder de nuestro intelecto, condenado a la parcialidad. Sólo en el terreno del pensamiento puro, sólo allí donde la mente se mueve entre formas e idealizaciones que ella misma construye y establece de manera axiomática, podemos atisbar destellos de universalidad y necesidad. En nuestro conocimiento del mundo y de nosotros mismos tan sólo tropezamos con afirmaciones contingentes, rehenes de la incertidumbre, siempre destinadas a ampliarse y perfeccionarse, pero quizá también a negarse y a ser sustituidas por otras.

Lo que permanece es el impulso creador de la especie humana; el sano inconformismo ante lo dado, el ímpetu para transformar e innovar; el deseo continuo de

buscar, aun sin encontrar. No nos limitamos a sobrevivir y a contribuir a la conservación de la especie: trabajamos para explorar, para descubrir, para inventar. Somos conservadores de la vida e inventores de lo que aún no existe. Un impulso latente nos vincula con el pasado, con la transmisión de una herencia ancestral, con la preservación de nuestro patrimonio genético, para que prospere nuestra especie en este mundo siempre hostil, donde las formas nacen y se extinguen incesantemente. Pero otro impulso, no menos poderoso, nos inclina al futuro; mas no a un futuro que se conforme con reproducir lo anterior, con transmitir y perpetuar lo que ya existe, sino a un futuro caracterizado por la posibilidad de inventar, de alumbrar lo nuevo, de poner en marcha lo que aún no existe: de *crear*. Es el impulso a explorar, a incrementar, a ensanchar el radio de nuestras posibilidades y de nuestras aspiraciones. Para ello contamos con un instrumento imbatible: *la imaginación*, que nace de la capacidad de preguntar y de combinar. *Homo explorans*: humanidad que no desiste de diversificarse también a través de las ideas. Se trata de un camino alocado e imprevisible hacia lo que no tiene término, hacia lo que sólo evoca libertad e indeterminación, tan bello e insondable como para resplandecer aun en medio de todas las oscuridades concebibles.

En esta senda apasionante, creamos y destruimos sistemas de pensamiento, sistemas morales, sistemas religiosos, tendencias artísticas... Lo que queda es el anhelo creador, que se manifiesta como ansia de superación continua. Se halla motivado no sólo por las necesidades externas, de raíz biológica o social, sino por el impulso interno a cuestionar y a crear. Cómo conciliar este impulso, que late de una forma u otra en todos los individuos, con la necesidad de alcanzar cierto grado de coordinación en el plano colectivo, es siempre un desafío inaplazable, que cada época resuelve según el estilo propio, las relaciones de poder vigentes y el conocimiento acumulado. Pero al igual que no existe una única forma de organización social, ni siquiera si lo que queremos es cumplir determinados criterios de eficiencia, tampoco existe una única manera de canalizar ese impulso creador. Como la naturaleza, los seres humanos creamos azarosamente; aunque muchas creaciones parezcan responder a una lógica interna invencible, en realidad siempre presentan un exceso de arbitrariedad, irreductible a ese itinerario lógico. La lógica viene de fuera: selecciona cuáles, de entre esas creaciones, ofrecen mayor valor a la sociedad, con independencia de su origen.

Nuestro dios es nuestra capacidad creadora. Un ocaso eterno oculta a los dioses anteriores, que ahora vagan como sombras en la memoria. Su fulgor se apaga tras la espesura del pasado, y si antes languidecía lentamente, ahora lo hace de manera súbita. El aliento de las religiones ya no puede impulsar la civilización. Envueltas en el ropaje de la mitología (del que tampoco se libra el cristianismo), difícilmente pueden satisfacer las exigencias de racionalidad, transparencia y demostración de la mente contemporánea. La única divinidad que persiste, el único rayo que logra brillar en ese crepúsculo, como el resplandor de una verdad inusitada, es la creatividad. Su hilo nos vincula al pasado y nos recuerda que hemos llegado hasta aquí gracias al trabajo, al sacrificio y al ingenio de quienes nos han precedido en la senda de la historia. Por tanto, lejos de olvidar de dónde venimos, al reflexionar sobre las posibilidades humanas de crear y avanzar no hacemos sino recuperar el pasado en el presente, pues nos solidarizamos con un mismo espíritu: el de ensanchar lo dado, el de ampliar los horizontes de la mente, el de añadir.

Una filosofía creativa e intrépida, capaz de innovar, es la única que puede subsistir; una filosofía que se nutra de la razón, de la lógica y del conocimiento científico, así como de la imaginación. La luz de esta fuerza incontenible converge con el futuro,

con la generación continua de posibilidades que acontece en el orden del tiempo. Lo que persiste no es un arte, ni una moral, ni un estilo, ni una filosofía, sino la posibilidad de crear un arte, una moral, un estilo y una filosofía. La ciencia brinda un sistema de proposiciones, un cuerpo de conocimientos, pero sólo en la medida en que analiza lo dado; a la hora de crear lo aún no dado y de pensar lo impensado, a la hora de decidir cómo canalizar la fuerza de la vida, somos nosotros los que debemos aportar aquello que el conocimiento de lo dado no puede ofrecernos.

Conciencia y futuro

¿Qué podemos entonces esperar?

Podemos esperar más conocimiento científico, una comprensión más profunda de los mecanismos de la naturaleza. Podemos esperar grandes avances, teóricos y aplicados, en física, química, biología, neurociencia... Más aún, lo que podemos esperar es más y mejores preguntas, porque cuanto más crece nuestro conocimiento, más nos damos cuenta de los límites de lo que sabemos y de la necesidad de expandir el radio de nuestra búsqueda. Siempre hay una pregunta más allá de cada respuesta.

También podemos esperar un desarrollo extraordinario de la tecnología y de la ingeniería, con nuevos materiales, nuevas fuentes energéticas y, por qué no, una inteligencia artificial superior a la humana.

La inteligencia artificial no tiene que verse como una amenaza, sino como una posibilidad de aumentar nuestra inteligencia colectiva y de resolver múltiples problemas que costarían demasiado tiempo y esfuerzo. Que las máquinas se encarguen de tareas mecánicas, también en el ámbito intelectual; la creación, la vivencia y la comunicación de sentimientos y pensamientos siguen siendo nuestros horizontes genuinos. Al fin y al cabo, el ser humano no se limita a resolver problemas, sino que los crea; no se conforma con realizar tareas concretas, sino que concibe nuevos desafíos. Sin embargo, es justamente en la manera de regularla, de controlarla democráticamente para evitar su mal uso y su apropiación por determinadas corporaciones, donde se pondrá de relieve nuestro nivel de conciencia como humanidad. Por ejemplo, gracias a esta clase de tecnología produciremos más y mejor, y tendremos que plantearnos cómo distribuir de forma justa la riqueza generada. No podemos permitir que sistemas autónomos de decisión reemplacen la capacidad deliberativa de los seres humanos. Si queremos subsistir, la tecnología ha de subordinarse al ser humano, no al revés. Estas máquinas inteligentes deben ayudarnos a resolver problemas, no sustituirnos como agentes de decisión. Constituyen instrumentos, no fines; somos nosotros quienes debemos decidir qué soluciones nos satisfacen y cuáles no. La inteligencia artificial ofrece posibilidades inéditas para desarrollarnos, incluso para entrar en una nueva fase de la historia, llena de oportunidades a la hora de expandir nuestro conocimiento y nuestro bienestar. No obstante, somos nosotros quienes debemos tener la última palabra sobre el modo de orientar esos medios que nos brinda; y, en caso de que suponga una amenaza existencial incontestable, hemos de poder abortarla de inmediato.

Así pues, no hay por qué sucumbir a las predicciones apocalípticas sobre la inteligencia artificial y el ocaso de nuestra especie. Estoy convencido de que esta tecnología se convertirá en nuestra mejor aliada, pues siempre es más inteligente cooperar que destruir.

Más allá de los nuevos conocimientos, podemos esperar mayor conciencia de nuestras posibilidades y de la responsabilidad que conllevan, mayor conciencia de las implicaciones del progreso y de nuestros límites, mayor entendimiento del pasado y de la diversidad de culturas que nos anteceden y acompañan. Sabremos más, pero también nos percataremos de todo lo que nos queda por saber, en una espiral de nuevas preguntas potenciales.

¿Podrá la ciencia entenderlo todo? La ciencia es una creación de la mente humana que tiene como objetivo comprender todas las dimensiones del universo, su estructura, su funcionamiento, su lógica. Entender el universo significa elaborar una representación lo más fiel y completa posible de los fenómenos observados. Como obra humana, la ciencia refleja el poder, pero también los límites, de nuestra mente. La ciencia explica lo que la mente humana, en su actual estadio evolutivo, alcanza a comprender. Para entenderlo todo científicamente haría falta una mente capaz de subsumir la diversidad del universo en un conjunto de principios comunes. La respuesta a la pregunta depende, por tanto, de la confianza que tengamos en el poder de la mente humana. Si admitimos que el universo obedece a unas leyes, que sigue una lógica, no hay razón alguna para suponer que una mente, quizá más avanzada que la nuestra, no pueda finalmente explicarlo todo, y reducir la complejidad de los fenómenos a un fundamento inteligible. De lo que no podemos dudar es de la universalidad de nuestros intereses, de la infinitud de la curiosidad humana, abierta a todo y deseosa de conocerlo todo. Nada es ajeno a la mente, que ansía comprenderlo todo, esclarecerlo todo, analizarlo e integrarlo todo.

Cabe también esperar un mundo más libre, un mundo sin miedos; un mundo donde el conocimiento nos una y nos muestre la riqueza de la creatividad humana; un mundo donde el arte nos ofrezca un lenguaje común para expresar lo que buscamos y anhelamos; un mundo donde la ciencia nos revele posibilidades inusitadas de entendimiento y de acción, y donde lo pensable no se reduzca a lo que ahora podemos pensar, sino que se abra a nuevos y vastos horizontes, a reinos insospechados de contemplación intelectual; un mundo donde seguir inventándonos, donde seguir creando el espacio indefinido de lo humano. En suma, un mundo donde crecer en libertad.

Podemos ser moderadamente optimistas; podemos tener fe en las posibilidades de una humanidad que vivió durante milenios en las condiciones más penosas, a merced de inclemencias naturales, de violencia, de ferocidad, pero que también ha logrado crear la cultura y manifestar los más nobles sentimientos morales. No debemos pensar, aun así, que el progreso es automático. El progreso nunca ha estado garantizado. Siempre ha sido una lucha constante contra la inercia, el miedo y la involución.

Somos un momento transitorio en la historia de la vida. No importamos a la naturaleza. El mundo sigue su curso inexorable, gobernado por leyes matemáticas impersonales que en nada se preocupan por el bienestar de las distintas especies. Una naturaleza que alterna creación y destrucción (aunque, en último término, lo que hay ni nace ni se aniquila: sólo se transforma), que suscita incontables especies pero que no siente remordimiento alguno al provocar su extinción, pone de relieve la fragilidad de la existencia humana, agudizada por nuestra propia inconsciencia. Siempre nos asomamos a la oscuridad del abismo, sea por causas naturales o artificiales. La naturaleza que nos crea y auspicia también amaga con destruirnos. Es inmisericorde. Fríos e ineluctables, sus mecanismos no se orientan a un fin que nos satisfaga. Entender que no somos ni el principio ni el final del conjunto de las cosas puede resultar inicialmente angustiioso y temible. Era más fácil vivir en un universo geocéntrico, donde la especie humana ocupaba el centro de la Creación y la Providencia regía los destinos del mundo. Sin embargo,

cuando la analizamos con detenimiento, esta pérdida relativa de privilegios cósmicos puede infundir paz, una paz interior profunda y consoladora. Nuestra importancia es limitada, nuestra responsabilidad es limitada, nuestro poder es limitado, aunque, hechizados por la fuerza y la inmensidad del deseo, nos creamos ilimitados y prácticamente divinos. Hemos nacido sometidos al *límite*, y ese mismo límite nos hará desaparecer de la faz de la tierra, transformándonos en una nueva realidad, obediente también al límite. Si no somos omnipotentes, si ni siquiera el género humano es omnipotente e ilimitado (por mucho que trascienda a los individuos, victorioso sobre la muerte de sus miembros), ¿qué podemos hacer, sino intentar superarnos, esforzándonos por mejorar y crear, pero sin perder de vista lo que somos?

La naturaleza nos ha bendecido con muchos dones, con una mente que llena de asombro al que se entrega a examinarla, pero el mundo, que subsistió sin nosotros, seguirá sin nosotros, incluso a pesar de nosotros. Vivir conscientes de ello es la máxima sabiduría a la que podemos aspirar. Convierte el misterio en tarea: en la tarea de conocer este mundo que nos antecede, contiene y sucede, y en la responsabilidad de contribuir a él con los dones que él mismo nos ha dado, en forma de trabajo, creatividad y esmero. Se trata de descubrir los secretos escondidos y de investigar todo aquello que el mundo nos oculta en primera instancia, pero que con la ilusión y la perseverancia del ser humano se hace realidad.

El mundo es un conjunto de posibilidades abiertas para nosotros; desplegarlas, mediante la razón y la imaginación, es una meta noble y grande para un ser como el nuestro. Afirmarnos frente al mundo es un modo que tiene el mundo de afirmarse a sí mismo a través de nosotros. No hay, por tanto, contradicción entre el mundo, ciego e indiferente a nuestros esfuerzos, que nos produce y destruye como a tantas otras criaturas, y la libertad humana. Nuestro ímpetu creador, nuestro trabajo por explorar la tierra y alcanzar el cielo, por entender lo que nos rodea y por construir lo que imaginamos, nos permite ser más de lo dado inicialmente, para elevarnos sobre la facticidad y expandir el límite. En cierto sentido, trascendemos el mundo al afirmarnos frente al mundo mediante nuestra libertad, mediante una libertad creadora, guiada no sólo por la necesidad, sino por su propio impulso, por el estímulo de su curiosidad indoblegable. Sin embargo, enseguida emerge un nuevo límite, y el ser humano vuelve a percatarse de su impotencia. El mundo quizá juegue con nosotros, haciéndonos creer que podemos superarlo, que merece la pena existir humanamente y empeñarse en mejorar lo que hay, cuando él siempre persiste antes y después de todos los afanes humanos. Aun así, la belleza de esta idea, de esta fe en nuestras posibilidades para conocer y crear, es digna del mundo que nos ha forjado y de las fuerzas que nos han moldeado. También es digna de nosotros, pues, pese a nuestra debilidad, no nos hemos resignado, no nos hemos conformado, sino que hemos sido un yo y un nosotros, una posibilidad única, vibrante e inspiradora de ese mismo mundo de cuya entraña brotamos. Hemos creado, hemos conocido, hemos mejorado lo existente, hemos escrutado las leyes del universo, hemos ensanchado el espacio de nuestra conciencia ética y hemos dado vida a anhelos profundos, para que cualquier ser capaz de comprendernos que surja en el futuro pueda verse reflejado en el espejo de nuestros pensamientos y de nuestras obras.

El futuro es siempre sinónimo de lo desconocido; pero lo desconocido no hay que temerlo, sino investigarlo. ¿Y qué puede significar investigar el futuro, sino entregarse a construirlo, a crearlo con valentía? Nuestra idea de futuro determina nuestra vivencia del presente. Concebir un futuro más luminoso, más libre y justo, donde sepamos más y

podamos más, determina cómo afrontamos el presente, porque en él preparamos ese futuro, en él plantamos la semilla de lo que esperamos conseguir. Así pues, frente a la pulsión apocalíptica y catastrofista, que nos aboca al fatalismo y a la angustia existencial, podemos adoptar una actitud no cándidamente optimista, no sorda ante el conjunto de crisis que atraviesa la humanidad y ante la gravedad de los peligros que nos acechan, sino consciente e ilustrada.

Ser optimista no es otra cosa que creer en las posibilidades de la humanidad. Aunque muchas cosas inviten al desánimo, cuando contemplamos la historia con perspectiva podemos darnos cuenta de todo lo que hemos logrado gracias a nuestro ingenio, sacrificio y tesón. Creer en el progreso significa creer en el ideal humano, para extenderlo y elevarlo a cotas insospechadas. Supone creer en la imaginación, la voluntad y la inteligencia como fuerzas que nos impulsan hacia un futuro mejor. Confiar en la humanidad significa creer, en suma, que ni el odio ni la mentira ni el egoísmo pueden tener la última palabra, pues los seres humanos tenemos un destino superior: el amor, la verdad, la creatividad y la solidaridad.

De nuevo, poseemos el don de la conciencia, regalo, precisamente, de las fuerzas de la evolución, pero muchas veces no sabemos usarlo como merece. Cada vez somos más conscientes y más libres, porque entendemos y podemos más. No obstante, muchas veces abdicamos de nuestra responsabilidad. Renunciamos a emplear adecuadamente la facultad tan extraordinaria que atesoramos. Esta dejación injustificable, esta ceguera voluntaria, con frecuencia nos impide sopesar los riesgos existenciales de la especie humana. Presos del egoísmo y de la parcialidad, ensimismados en nuestros pequeños universos, rehusamos valorar las necesidades de la humanidad, más allá de los intereses individuales.

Conciencia: he aquí la palabra clave; he aquí la salvación para una humanidad siempre expuesta a los mayores peligros, siempre amenazada por el caos y la destrucción, pero siempre bendecida con la posibilidad de crear y de mejorar el mundo. La conciencia es la luz que nos guía por este mundo. Como facultad de reflexionar y de entender, permite adquirir nuevos conocimientos y confiere posibilidades sorprendentes de progreso intelectual y material. Ella nos proporciona las herramientas para afrontar cualquier desafío.

Los jóvenes de nuestro tiempo parecen haberse acostumbrado a escuchar mensajes catastrofistas. Sin embargo, lo importante es infundirles confianza en nuestras posibilidades, por grandes y complejos que sean los retos. Entender el pasado revela la capacidad de superación y de inventiva que tiene la especie humana. Así, al lanzar una mirada a nuestro desarrollo histórico podemos recuperar algo de esperanza en el futuro. Después de todo, esperar es confiar en el futuro. Por grandes que sean los peligros, mayores aún son los horizontes de posibilidad. Si cada nuevo avance ha desencadenado nuevas opciones destructivas y nuevas formas de opresión, no podemos olvidar que, a la larga, contemplado con la paciencia y la sabiduría que nacen de la perspectiva histórica, ha supuesto también nuevos triunfos para la libertad humana. Ante la envergadura de lo que afrontamos, hoy más que nunca es necesaria la cooperación entre mentes, entre ramas del saber, entre sistemas de pensamiento, entre culturas y concepciones del mundo. Aunque las tendencias autodestructivas sean tan poderosas que puedan sembrar en nosotros la desesperanza y el fatalismo, no es ingenuo creer que el impulso de vida es siempre mayor que el de muerte, y que la creatividad, puesta al servicio no ya de nuestra

mera supervivencia, sino de la construcción de un mundo más humano, nos permitirá avanzar hacia un horizonte cada vez más luminoso.

Así pues, ¿hacia dónde debe caminar la humanidad? Aunque penetro en el nebuloso terreno de lo prescriptivo, me atrevo a responder de la siguiente manera: hacia una conciencia más profunda de lo que es y de lo que puede ser.